

AE4
H45
V.3

HISTORIA
DE LA
VIDA DEL HOMBRE.
SU AUTOR

EL ABATE DON LORENZO HERVÁS

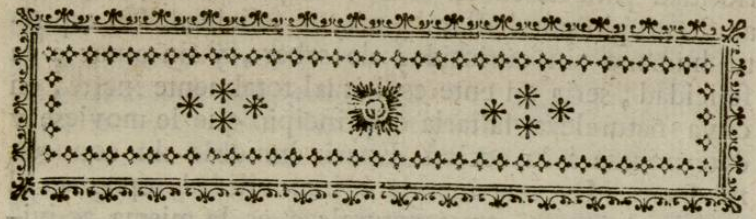
Laurentius Hervás, qui in Horcajo nobili oppido Marchiae Laminitanæ natus anno 1735, cum nomen dederit Soc. J. in Italiam cum caeteris hujus religiosi ordinis anno 1767 deportatus, ab anno 1778 incipit typis Caesariatis in lucem italicè emittere plura volumina sub titulo *idea Universi*, in quibus decimum sextum cum duobus sequentibus, quæ de linguis agunt, admirationem mihi conciliavit propter acumen ingenii, amplitudinem memoriae, et omnis generis eruditionem, quæ in iis elucet. — De signis idearum opus secundis curis latius auctum; auctore Andrea Spagnio. Romæ 1788. in 4. num. 3.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ
132846



EN MADRID EN LA IMPRENTA REAL DE LOS REYES
AÑO MDCCLXXXVIII



HISTORIA DE LA VIDA DEL HOMBRE.

LIBRO CUARTO.

PARTE II.

EL HOMBRE EN LAS CIENCIAS mayores; y su instruccion moral y civil en las edades de la pubertad y de la juventud.

En la primera parte de este libro se ha discurrido de aquellas ciencias, que parecen pertenecer á la imaginacion y memoria; y en esta segunda se discurrirá de las que perteneciendo principalmente al entendimiento y á la voluntad, potencias las mas nobles del espíritu humano, se suelen llamar ciencias mayores, y son la filosofía (á que pertenecen la matemática y la medicina) la jurisprudencia civil y eclesiástica, y la teología. Estas dos potencias son como las alas con que el espíritu humano vuela por la inmensa region de la sabiduría; mas el movimiento de su primer vuelo proviene, como de muelles, de su innata curiosidad.

Tom. III.

A

rio-

010261

riosidad para descubrir lo cierto; y del estímulo de su amor propio por hallar la mayor felicidad. Un espíritu humano sin curiosidad de saber, y sin amor á la felicidad, seria un ente espiritual totalmente inerte, en cuya naturaleza faltaria el principio que le moviese y determinase á la accion. Estaria inmoble sin conocer, ni amar. Mas esta inercia é inmovilidad repugnan al espíritu humano, cuya naturaleza es la misma actividad. El criado con el don esencial de la libertad no es libre para desear ó no desear saber la verdad, ni para amar ó aborrecer su mayor felicidad, que está depositada en su Criador. Este por don esencial le dió innata curiosidad para saber y descubrir la verdad, é innata propension á su mayor felicidad; mas le dexó el afanoso trabajo de descubrir la verdad y la felicidad, que por innata propension desea hallar. El afanoso trabajo para descubrir tales bienes es el estudio de las ciencias naturales y sobrenaturales, las cuales se pueden considerar como dos árboles inmensamente altos, de los que uno, en que se figuran las naturales, plantado en la tierra, llega con su elevada cumbre al cielo: y otro, en que se figuran las sobrenaturales, desde el cielo llega con sus extendidas ramas hasta la tierra.

El arbol de las ciencias naturales tiene por raices la Dialéctica y la Metafísica, con las que el espíritu piensa y raciocina rectamente; y la Ética y la Física son su tronco, de que, como ramas, salen las demas ciencias naturales. El arbol de las ciencias sobrenaturales tiene sus raices en la revelacion divina; y las reglas de fe divina, con las que esta se declara, son su tronco, del que provienen como ramas las demas ciencias sagradas y eclesiásticas. En los frutos de estos árboles se figura la utilidad de las ciencias, las cuales de ninguna manera son útiles para los que totalmente las ignoran.

Las

Las ciencias naturales provienen de la razon del Hombre, y las sobrenaturales de la revelacion divina: en aquellas al Hombre habla siempre su razon; en estas el Hombre oye, y escucha la voz de Dios, que habla á su razon. Sin esta no hay ciencia alguna. "No aborrece (1) Dios en nosotros lo que en nosotros crió para diferenciarnos de las bestias: ni creemos su revelacion para no saber la razon de nuestra creencia; pues no podriamos creer, si nuestro espíritu no fuera dotado de razon..... Si en los misterios revelados, que aun son incomprendibles, la fe precede á la razon, esta tambien precede á la fe, siempre que para asentir á ella tenemos qualquiera razon." Aunque las ciencias naturales provienen de la razon humana, que las inventó con série de admirables y enlazados conocimientos, como dice, y prueba elegantemente San Agustín (2); mas esta invencion no sucedió sin preceder en orden á las ciencias físicas el magisterio de la naturaleza sensible, y en orden á las éticas y metafísicas el magisterio de la naturaleza del espíritu humano, ó de

(1) Sancti Aur. Augustini Hippon. episcop. opera, studio Monachor. S. Benedicti. Antuerpiæ 1700. fol. vol. 12. vol. 2. epistola 120. (alias 222.) §. 3. col. 263. Absit namque, ut hoc in nobis Deus oderit, in quo nos reliquis animantibus excellentiores creavit: absit, inquam, ut ideò credamus, ne rationem accipiamus, sive quæramus, cum etiam credere non possemus, nisi rationales animas haberemus..... Si igitur rationabile est, ut ad magna quædam, quæ capi nondum possunt, fides præcedat rationem, proculdubio quantulumcumque ratio, quæ hoc persuadet, etiam ipsa antecedit fidem.

(2) S. Augustinus: vol. 1. de ordine liber 2. §. 35. cap. 12. col. 257.

A 2

sus innatas propensiones á la verdad y bondad. El alma humana inventando las ciencias naturales es discípula de la naturaleza: "quanto (1) á esta maestra se dé, ó no, tanto se deberá conceder á su discípula: lo que aquella enseña y esta aprende, es doctrina del Criador, que es maestro de la maestra. Lo que el espíritu humano puede pensar de su Criador, el Hombre lo puede conocer por su mismo espíritu. Oigale, y atienda á lo que hace y dice: observe sus conjeturas, y su perspicacia en las cosas ausentes ó futuras: y no se maraville de que habiendole dado Dios el espíritu, este se pa

(1) Q. Sept. Flor. Tertulliani opera cum notis Joannis de la Cerda soc. J. Parisiis 1624. fol. vol. 2. vol. 1. de testimonio animæ. §. 55. cap. 5. p. 240. Quantum dederis magistræ, tantum adjudicabis discipulæ: magistra natura, anima discipula: quicquid aut illa docuit, aut ista perdidit, à Deo traditum est, magistro scilicet ipsius magistræ. Quid anima possit de principali institutore præsumere, in te est æstimare de ea, quæ in te est. Senti illam, quæ, ut sentias, efficit: recogita in præsagiis vatem, in omnibus augurum, in eventibus prospicem: mirum, si à Deo data, novit divinare: tam mirum, si eum, à quo data est, novit: etiam circumventa ab adversario meminit sui Autoris, & bonitatis, & decreti ejus, & exitus sui, & adversarii ipsius.... Sic mirum, si à Deo data, eadem canit, quæ Deus suis dedit nosse. Sed qui ejusmodi eruptiones animæ non putavit doctrinam esse naturæ; & congenitæ, & ingenitæ conscientiæ tacita commissa, dicet potius de ventilatis in vulgus opinionibus publicatum usum, jam & quasi vitium corroboratum taliter sermocinandi.... vol. 2. de Resurrectione carnis lib. 5. cap. 12. p. 565. Præmisit (Deus) tibi naturam magistræ, submissurus & prophetiam, quo facilius credas prophetiæ discipulus naturæ.

pa adivinar; y aunque acechado de su enemigo conozca á su Autor, su infinita bondad y providencia, su propio destino, y el de su adversario. No se maraville, pues, de que el espíritu dado por Dios diga las cosas que Dios le dió á conocer. Quien tales movimientos del espíritu no atribuye á la naturaleza de este, y á su íntima y silenciosa conciencia, dirá, que de las vanas opiniones del vulgo él ha aprendido y contraído el hábito vicioso de formar y tener tales conocimientos.... Dios en la naturaleza nos ha puesto una maestra, para que siendo nosotros discípulos de ella, mas fácilmente creamos la revelacion divina."

En las no menos ciertas que admirables sentencias que acabo de proponer, usurpandolas del ingenioso Tertuliano, he indicado el carácter esencial del buen uso de la razon para pensar bien y discurrir rectamente en las ciencias naturales y sobrenaturales, y para que de todas estas se forme un edificio, que siendo alto desde la tierra al cielo, tenga por fundamento la naturaleza, sobre la que se apoya la gracia; ó en el que la ciencia natural facilite el conocimiento de la sobrenatural, promueva á esta, y la demuestre cierta y evidente.

El Hombre con la ciencia natural conoce á Dios, autor natural, y se dispone para conocer fácilmente por medio de la revelacion á Dios, autor sobrenatural. En orden á la ciencia natural el Hombre usando bien de la razon en la naturaleza de su espíritu, ó en sus impulsos naturales, halla y tiene el manantial de los conocimientos éticos; y en la naturaleza sensible tiene el manantial de los conocimientos físicos. El Hombre en su espíritu halla las semillas de la ciencia ética, y las de la ciencia física en la naturaleza sensible: y aunque ignora el incompreensible modo con que estas semillas producen sus efectos, no por esto dexa de co-

nocerlos, como producciones ciertas. Así el Hombre, aun en las ciencias naturales, que parecen sujetarse totalmente á la razon, debe necesariamente sujetar ésta á ellas. He aquí el caso práctico en que sucede está recíproca sujecion de la razon, y de las ciencias naturales. El Hombre por razon conoce la existencia de la naturaleza sensible y activa de los efectos que siente, ignorando los principios físicos, y el orden de su produccion, y el modo con que su Autor los obra en ella. Mas esta ignorancia, en que la razon se sujeta al oculto obrar de la naturaleza, y al modo con que su Autor obra en ella, nada perjudica á la evidencia y certidumbre con que conoce la existencia de la naturaleza, su actividad, y el necesario obrar de su Autor en ella.

Este exemplo práctico hace conocer, que el Hombre Teólogo en juzgar evidentes y ciertas la existencia de la revelacion divina, y las verdades incomprendibles contenidas en ella, procede como el Filósofo racional, que juzga evidentes y ciertas la existencia de la naturaleza sensible, y sus producciones, aunque ignore el modo inconcebible con que se efectúan.

Lo incomprendible que hay en la naturaleza sensible y en su Autor, no se opone á la evidencia del conocimiento que de ella y de su Autor por razon tenemos, ni á la certidumbre del juicio que de ella y de su Autor formamos por razon. Así, pues, lo incomprendible que hay en los dogmas de la revelacion divina, no se opone á la evidencia del conocimiento que de esta por razon tenemos, ni á la certidumbre del juicio que formamos de la misma. A la evidencia de nuestros conocimientos, y á la certidumbre de nuestros juicios, se opone, no lo incomprendible, ó lo superior á nuestra razon, sino solamente lo que es contra esta: y la revelacion divina dice al Teólogo cosas incomprendibles (como tambien se las dice la natura-

leza al Filósofo): mas no dice cosa alguna contraria á la razon: si contra (1) esta hubiese quien alegase algun dogma revelado, su alegacion es falsa: este dogma será invencion de su fantasia ó ignorancia, y no proposicion del Oráculo divino.

El Filósofo profano, que quiere impugnar la existencia de la revelacion divina, abusa de la razon impugnándola, porque algunos de sus dogmas son incomprendibles, ó superiores á la misma razon: así como de esta abusaria negando la existencia, ó el obrar de la naturaleza sensible, porque es incomprendible el modo con que esta obra. La existencia de lo incomprendible no es menos evidente y cierta que la de lo comprendible, quando se demuestran con pruebas igualmente evidentes y ciertas: y el conocimiento sensible, que tiene por razon el Hombre, y el juicio, que por razon forma de la existencia de la naturaleza sensitiva, son inferiores al conocimiento sensible y abstracto, y al juicio que forma de la revelacion divina por razon de la divinidad de su doctrina moral, histórica y profética, de sus efectos prodigiosos, de sus milagros, y de otros muchos motivos igualmente convincentes.

He propuesto y declarado especulativa y prácticamente el buen uso de la razon, sin el qual las ciencias naturales y sobrenaturales, lejos de perfeccionarse,

(1) S. Augustinus: vol. 2. (de la edicion citada) epistola 142. (alias 257.) §. 7. col. 353. Si manifestissimæ, certæque rationi velut scripturarum sanctarum objicitur auctoritas; non intelligit, qui hoc facit: & non scripturarum illarum sensum, ad quem penetrare non potuit, sed suum potius objicit veritati: nec quod in eis, sed quod in seipso, velut pro eis invenit, opponit.

se, serian una ignorancia cierta, ó verdadera chimera. El buen uso de la razon en los sabios de probidad falta por motivo de su falsa dialéctica y metafísica, y en los sabios viciosos por motivo de las pasiones, que les impiden ver y seguir el sendero, que la luz de la misma razon les muestra. En los primeros sabios una monstruosa metafísica hace tal vez que inventen, aun en las materias mas sagradas, sistemas verdaderamente chiméricos; y al deducir de estos las legítimas conseqüencias, la falsa dialéctica les obliga á ser malos lógicos, para ser ó aparecer buenos Católicos: así en algunas qüestion de la Teología especulativa ó escolástica, el abuso que de la metafísica se hace para idear suposiciones arbitrarias, obliga necesariamente al abuso de la dialéctica para evitar la contrariedad de las conseqüencias al dogma católico. En los sabios viciosos la luz inextinguible de su razon cercada de las sombras de sus pasiones que la obscurecen, se les oculta, ó hace invisible: por lo que estando ellos siempre en tinieblas, ó como ciegos, aunque por innata propension buscan la verdad eterna, y la verdadera felicidad, no saben ni aciertan á hallar lo que buscan: y la ceguedad y perversion de su razon llegan á tal punto, que esta les hace tener lo falso por verdadero, y la malicia por bondad. Registrad los escritos de aquellos sabios que admiró la antigüedad gentilica, y aun celebra la filosofía mundana: observadlos atentamente, y en todos ellos hallaréis que sus autores discurrendo por el campo de las ciencias, siempre ciegos y en tinieblas, ó no aciertan á hallar lo verdadero y bueno, ó si por acaso lo encuentran, no saben conocerlo: por lo que fácilmente lo desconocen ó abandonan. Este es el carácter indeleble de todos los sabios viciosos: para que lo conozcais claramente no es necesario que leais todas sus obras, ojead solamente aquellas en que tratan de la qüestion que mas interesa á

todo hombre, y que ellos conocieron y confesaron serles de mayor importancia: la qüestion, quiero decir, que determina en qué consiste la suma, ó mayor felicidad del Hombre. Esta no consiste en la pura voluntad, ó en el meto deseo de gozarla; pues no hay infeliz que no desee ser feliz, aunque jamas llegue á serlo. La suma felicidad del Hombre no consiste en aquello con que el Hombre pueda creerse feliz, mas solamente en lo que verdaderamente le hace ser sumamente feliz. Y sobre esta duda; cómo pensaron los mayores sabios que respetá la filosofía profana?; Cómo acertaron y convinieron en decidirla? Oid la acertada y concorde union de sus pensamientos: oidla de boca de un verdadero sabio que la refiere diciéndolo (1) así: "Los Filósofos profanos procuraron con gran empeño hallar lo que al Hombre le hace feliz ó bienaventurado: pues el fin de nuestro bien es aquello por lo que todas las cosas se hacen y desean: así como el fin del mal es aquello por lo que todas las cosas se evitan. Ellos, pues, pusieron el fin de todo nuestro bien y mal, ya en el espíritu, ya en el cuerpo, y ya en el espíritu y en el cuerpo: y segun esta triplicada decision de las sectas filosóficas, Marco Varron en su Filosofía habiendo examinado cuidadosa é ingeniosamente la variedad de sus dogmas, observó que las diversas opiniones acerca de la suma felicidad ó infelicidad del Hombre, podian ser doscientas y ochenta y ocho." Tanta diferencia y muchedumbre de opiniones, ¿quién duda que prueban en sus autores una ciega ignorancia?

Si estos tenidos por Oráculos de la sabiduría profana

(1) S. Agustín, en el tomo VII. de la edicion citada, lib. 19. de Civitate Dei, cap. 1. col. 409.

fana, fueron tan ciegamente ignorantes para conocer y hallar lo que mas les importaba, y lo que les era fácil de conocer y hallar, si hubieran usado bien de su razon, ¿no se deberá temer que el menor abuso de esta no solamente dificulte todo adelantamiento en las verdaderas ciencias, mas tambien imposibilite para entenderlas, y aun para poderlas entender? Este poder, que no se niega al mas ignorante, falta en el sabio que abusa de la razon: esto es, falta en el sabio preocupado, el qual es menos apto que el mas ignorante para entender las verdaderas ciencias, á cuya inteligencia la menor preocupacion contradice, y se opone mas que la mayor ignorancia.

Por breve introduccion á los discursos que pondré inmediatamente sobre las ciencias mayores (1), y que

(1) En 1789. envió el Autor á Madrid diez discursos manuscritos sobre las ciencias mayores, quedándose con la nota de los Autores citados en ocho de ellos, y con borrador imperfecto de los otros dos. Los enunciados diez discursos que pertenecian al tercer tomo de la Historia del Hombre, quedaron depositados en Madrid; porque por orden Superior se suspendió la venta de los dos tomos primeros de dicha Historia y la continuacion de su impresion. El dia 1. de Junio de 1793. concedió la Superioridad licencia para continuarla, lo que no se pudo efectuar por haber desaparecido los discursos de que se componia el tomo tercero. El que los ha hecho desaparecer, y los oculta, no hace bien sino á su málitia; que los deberá tener eternamente ocultos, para que su infamia no se haga notoria con su publicacion, y con el cotejo de los que últimamente ha escrito el Autor. El estilo es igual en estos discursos y en los desaparecidos: en ellos son homogéneas muchísimas reflexiones, y se citan los mismos Autores.

que tuve que escribir en pocas semanas para satisfacer al empeño público de su impresion, defendiendola de los tiros de la desgracia ó malicia, trato de la razon y de su buen uso y abuso en los que se encuentran los respectivos manantiales de la verdadera y de la falsa sabiduría, comunes á todas las ciencias. En el discurso particular que compondré acerca de cada una de ellas, indicaré las causas peculiares que concurren á su perfeccion ó corrupcion, no omitiendo las reflexiones que descubren el fin, y el influxo de las ciencias sólidas para la buena instruccion moral.

CAPÍTULO I.

Filosofía.

La Filosofía, que entre las facultades que se llaman mayores, suele ser la primera que se estudia, es la gran ciencia natural del Hombre, que se emplea en conocer la virtud, la naturaleza, y las causas de las cosas divinas y humanas, y en aprender las reglas de bien vivir. Esta es la verdadera definición del Filósofo, segun Ciceron (1), de la qual no forman verdadero concepto los que prodigan, é irracionalmente dan el nombre de Filosofía al estudio de la irreligion, en el que el desenfreno, y el desfogue de las pasiones brutales, y la condescendencia con ellas son todas sus ciencias. En esta definicion comprendió Ciceron todas las partes de la Filosofía, entre las quales yo cuento la Retórica, que en su origen debió pertenecer á la dialéctica, parte primera de la Filosofía. El Filósofo, pues, ha de pensar y discurrir con exactitud como pide la dialéctica, ó lógica: ha de proponer con orden, eloqüencia, y propiedad de palabras, los discursos, como enseña la Retórica: ha de investigar los atributos del ente, y en quanto alcance su razon natural, las perfecciones divinas, como se prescribe en la Metafísica, y en la Teología natural: ha de conocer las pasiones humanas para refrenarlas, y las reglas de la virtud para practicarla, como lo enseña la Etica; y ha de examinar las cosas sensibles, que es el objeto de la Física. Suma es la extension, y grande el número de las materias de que trata la filosofia; y por esto no se co-
no-

(1) Cicero, de Oratore, lib. 1. cap. 10.

nocen fácilmente los límites de ella. El espíritu de novedad, vanidad, irreligion y libertad irracional en el pensar, ha viciado en todos tiempos el método, y aun la substancia del estudio filosófico; por lo que en lugar de perfeccionarlo, el fanatismo lo ha hecho perjudicial, unas veces á las ciencias, y otras á las buenas costumbres. En este tiempo, en que aun no pocos literatos de buena Etica, y sequaces de la verdadera religion revelada, no suelen escribir de filosofia sino para renovar y aumentar su estudio con quantas ideas puede suministrar la fantasía mas fecunda, al lector parecerán extraños, y aun ridículos mis discursos sobre la reforma de los abusos que la nueva literatura ha introducido, y continúa introduciendo en el estudio filosófico: mas no por temor de mi descrédito en la opinion del lector debo dexar de proponer lo que si no como verdadero, á lo menos como no tan inverisimil me dicta la razon imparcial, y agena de espíritu de novedad. He tenido la desgracia de haber cultivado mi mente, ó por mejor decir, de haberla aforrado con la escoria de la Filosofia antigua, que mi maestro contra su voluntad me enseñó, porque así lo pedia el destino de aquel discípulo, que podria ó deberia hablar públicamente de Filosofia en un teatro, en que se habian visto tumultuarse los doctores del peripatetismo á la menor sospecha de su abandono. Tambien he tenido la desgracia de haber condescendido demasiadamente con mi curiosidad, leyendo para buscar la verdad muchas obras filosóficas de modernos, que las han escrito con solo espíritu de novedad. Estas desgracias me han hecho aprender á gran costa de tiempo perdido lo poco que he llegado á saber: ó por mejor decir, me han hecho conocer, que las semillas que yo depositaba en mi mente, y creia ser de ciencias, eran de preocupacion peor que la ignorancia. Este conocimiento es todo el axuar de mi *sabiduría*: tan glorioso nombre doy con

con razon al conocimiento, que me ha rescátado de la esclavitud infame de la preocupacion; pues el primer efecto de la verdadera sabiduría es hacer conocer el propio engaño.

Con esta ingenua confesion, de consistir toda mi ciencia en haber conocido y desterrado de mi mente la preocupacion, declaro al lector todas las novedades y reformas que puede y debe esperar de mi modo de pensar sobre la Filosofía, como tambien sobre las demas ciencias de que trataré. No se figure el lector, que yo pretendo ser maestro ó reformador de su modo de pensar: no llega, ni debe llegar á tanto mi atrevimiento sin ofenderme á mí mismo. Con conocimiento de ofensa propia ninguno es atrevido para ofenderse: y yo conozco ofenderme si ignorante como soy, y me conozco ser, pretendiera figurar como sabio maestro. Escribo, no para dar lecciones de maestro, "mas escribo, diré con Des-Cartes (1), para declarar, ó indicar los caminos que he seguido para buscar la verdad: no haré otra cosa sino como delinear en un lienzo toda mi vida, para que qualquiera que la vea, la reprehenda, y yo estaré oculto detras del lienzo pintado para oír lo que para enmienda mia dirán libremente todos los que vean la pintura de mi vida." Así habló Des-Cartes en su ingeniosa disertacion sobre el método de usar bien de la razon, y de hallar la verdad en las ciencias: y lo que Des-Cartes dixo de sí, el lector, deseo y pido entienda de mí, y de todo quanto diré sobre las ciencias. Y debiendo tratar ya de las filosóficas, discurriré de las cinco partes de la Filosofía, observando el orden con que antes las he nombrado. Si el lector quiere leer mis

(1) Renati Des-Cartes, Specimina Philosophiæ, seu disertatio de methodo. Francofurti, 1722. 4. §. 1. p. 2.

discursos, como Filósofo en el juicio que de ellos haga, debe apelar al supremo tribunal de su razon, y no al de la autoridad de ningun Filósofo.

Dialéctica, ó Arte de pensar bien.

Dialéctica (1) y Lógica (2) son dos palabras griegas con significaciones alusivas al discurso y á la palabra; mas despues, quando la Filosofía (que tambien es palabra (3) griega, y significa amante de la sabiduría) se reduxo á método científico, por Dialéctica y Lógica se entiende un arte solo, que es el de pensar: por lo que los modernos á la Dialéctica suelen llamar arte de pensar. Este título confunde nuestro orgullo, pues siendo nosotros pensadores por naturaleza, necesitamos escribir y leer artes de pensar. ¡Gran alabanza y gloria de los hombres pensadores por naturaleza serian el saber ellos pensar siempre bien, y el no necesitar de artes de pensar! El Filósofo abandonado á la sola razon natural, conoce que la mente humana pensante por su naturaleza, freqüentemente no sabe pensar bien aun en las cosas naturales, que se sujetan al dominio de su conocimiento: ¿cómo pues sabrá pensar bien en las cosas sobrenaturales, que ciertamente se esconden á la luz de su razon natural, y son infinitamente su-

(1) Dialéctica en griego *διαλεκτική* de *διαλεγομαι* disputo, discurso.

(2) Lógica en griego *λογική* de *λογος* palabra, discurso.

(3) Filosofía en griego: *Φιλοσοφία* de *φίλος* (amigo) y *σοφία* (sabiduría).

periores á su dominio? "Si naturalmente, dice un gran Filósofo pagano (1), hubieramos sido engendrados de tal modo, que con observar la naturaleza sola, y dirigiendonos ella, pudieramos vivir como se debe, no seria necesario valerse de la razon, y de la doctrina ó enseñanza, porque la naturaleza sola bastaria para dirigirnos. La naturaleza nos ha provisto de ciertos pequeños relámpagos de luz ó fuego, que con las malas costumbres, y con las opiniones falsas prontamente apagamos de tal modo, que parece haberse apagado totalmente la luz de la naturaleza. En nosotros hay asimismo ciertas semillas innatas de la virtud, las quales, si pudieran crecer, por medio de ellas la naturaleza nos haria virtuosos: mas luego que salimos á pública luz, ó nacemos, nos hallamos tan cercados y rodeados siempre de la maldad, que parece que con la primer leche mamamos el error." Hasta aqui el Filósofo pagano, el qual en sus expresiones citadas claramente nos da á conocer, que él con la luz de la sola razon natural llegó á descubrir en la mente humana aquella lesion y obs-

(1) Cicero Tusculanar. quæstionum, liber 3. Si tales nos natura genuisset, ut eam intueri, & perspicere, eademque optima duce cursum vitæ conficere possemus, haud erat sanè, quod quisquam rationem, ac doctrinam requireret, cum natura sufficeret. Nunc verò parvulos nobis dedit igniculos, quos celeritè malis moribus, opinionibusque depravatis sic restinguimus, ut nusquam naturæ lumen appareat. Sunt enim ingeniis nostris semina innata virtutum, quæ si adolescere licet, ipsa nos ad beatam vitam natura perduceret. Nunc autem simul atque editi in lucem, & suscepti sumus, in omni continuè pravitate versamur, & pene cum lacte nutricis errorem suxisse videamur.

obscuridad, que la religion nos revela haber causado el pecado llamado original. Las reliquias de este introducen en la mente humana el error en lugar de la verdad que ella busca, y hacen que fácilmente adopte por verdadero lo falso, y por bueno lo malo. Para desterrar y aun prevenir estos perniciosos efectos, es necesario el arte de pensar, el qual debe ser la primera ciencia que le conviene aprender al Hombre.

Todo hombre es pensante: ¿mas cuál es el hombre afortunado que por sí solo piensa bien? Pensar bien es hallar la verdad: esta solamente se halla en la Religion verdadera, y en las ciencias que inventó ó perfeccionó una razon religiosa. La razon es instrumento para hallar las ciencias, y estas perfeccionan la razon. Como la curiosidad en la mente humana es hija de la ignorancia, y madre de la ciencia; así la razon naciendo entre obscuridades, con el despejo de estas pasa al luminoso estado del saber. Este estado consiste principalmente en el pensar bien, que es todo el objeto de la ciencia que llamamos Dialéctica. Lo que sobre esta dixerón ó pensaron los Filósofos anteriores á Aristóteles, segun la universal opinion de los críticos era cosa despreciable; porque la Dialéctica de los Filósofos Eleáticos era un puro disputar, y la de los Académicos era el arte de dudar. ¿Diremos, pues, que Aristóteles fue el inventor de la Dialéctica, que con su nombre leemos? De respuesta á esta pregunta servirán las observaciones siguientes.

Estrabon nos dice (1), "que los libros de Aristóteles se encontraron escondidos baxo de tierra, y medio

(1) Strabonis, Rerum geographycarum libri XVII. græc. ac latinè. Amstelodami, 1707. fol. liber 13. §. 609. p. 906.